

A PROPOSITO DE LA INTEGRACION (*)

Ada Lattuca (**)

Que la Unión Europea se haya transformado en una “fortaleza” comercial, ya no asombra a nadie. Lejanos están los tiempos de las dudas e incertidumbres expuestas en la década de los años '50. La CECA (Comunidad Económica del Carbón y del Acero), fue el primer triunfo, increíble para sus contemporáneos, desatar el nudo gordiano del difícil diálogo franco alemán. La posterior conformación de la Comunidad se engarzó en un proyecto por etapas, gradual y equilibrado.

El desarrollo no estuvo –y está aún– exento de inconvenientes, sin embargo, el *europesimismo* y la *euroesclerosis* son ciclos superados. No sólo los constructores de la UE tienen confianza en la dirección y alcances de las metas propuestas, el ciudadano comunitario entiende, capta, e internaliza la responsabilidad del rol a cumplir. Los ásperos debates bastante recientes sobre la moneda única, en los que se desconfiaba del tiempo y modo de implementación así como de la oportunidad de su aplicación, se disiparon en mayo del '98 con el jubiloso saludo de los Estados Miembros, pese a las exclusiones previstas ⁽¹⁾. Apenas un año antes, el ingreso de España e Italia al sistema de la moneda única parecía poco menos que una ficción ⁽²⁾.

Frente a la complejidad de su desenvolvimiento la Comunidad, pese a las oposiciones y hostilidades en juego, salvó la “idea de Europa”. Y esto es a mi entender, la mayor hazaña lograda en un lapso breve para la historia de los pueblos y que en cierta forma la convierte en un espacio integrado único y especial por sus orígenes y sus resultados. Ello

(*) Estas breves reflexiones han sido elaboradas en base al artículo del Profesor Miguel Angel Ciuro Caldani, *Notas para la comprensión justilosófica de Europa*, en “Derecho de la Integración”, Nº 4, Rosario, Centro de Estudios Comunitarios, 1996, pág. 117 y ss.

(**) Investigadora del CIUNR, Directora del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Facultad de Derecho.

(1) Dinamarca y Gran Bretaña se han excluido, también Suecia que no cumplió con algunos requisitos del Pacto de Estabilidad (firmado en la Cumbre de Dublin en diciembre del '96), como fue el caso de Grecia.

(2) Además, resultaba en cierta manera impensable llegar a convencer al pueblo alemán que resignase la “soberanía” del marco, o suavizar la encendida polémica entre los ministros de economía Theo Waigel y Dominique Strauss-Kahn acerca de los márgenes de flexibilidad admitidos.

parte de considerar al fenómeno comunitario originario y no receptado, injertado ⁽³⁾.

Es verdad, que las condiciones socio económicas postbélicas apresuraron, dinamizaron y abonaron las antiguas ideas acerca de la perentoriedad de reconstruir el continente devastado, así como la noción de supervivencia frente a los dos bastiones erigidos en el este y el oeste ⁽⁴⁾. Pero más allá de las urgencias expuestas el proceso, como proveniente de un *substratum genético*, confluida casi misteriosamente o mágicamente hacia su realización.

Me parece que la realidad histórica de Europa occidental no se agota ni se eclipsa ante las presiones de una u otra nación. Por encima y debajo del sistema de vivir de los franceses, ingleses, alemanes, hay *un vivir común*. Con ello no se quiere significar que exista un convivir de naciones. El sueño, la utopía, de aquel intento de encapsularlas en la Sociedad de las Naciones, terminó tan pobremente como fue su “forzada” propuesta. La intención que manifestaron sus gestores estaba condenada a fenecer, fue arcaica ya cuando se procedió a otorgarle fecha de nacimiento, y desde entonces estuvo sentenciada históricamente a morir. Los cimientos fueron endebles más aún, pertenecían al pretérito — que además “forzaron” en su interpretación de las naciones—. En consecuencia, no alcanzaron a lanzarse hacia el futuro y tendieron a programar desde la mera actualidad. Quizás resulte pertinente recordar la recomendación de Goethe: *Quien de tres milenios no sepa darse cuenta, permanezca en lo oscuro, inexperto, y viva siempre al día.* ⁽⁵⁾

Hay una forma de vivir, sentir y de explicar Europa a través de los ciudadanos, que precede aún a las formaciones de las naciones. Es una sociedad más densa y efectiva que ha persistido frente a los embates de los dramas históricos a los cuales debió asistir en su larga evolución. Esto es, que la *sociedad* europea, que es al fin la única realidad, puede sentirse quizás como algo tenue, que es más permanente que las naciones aunque no haya llegado hasta el presente a condensarse en forma de Estado.

Más aún, los movimientos que podríamos indicar *stricto sensu* pertenecen a la raíz de una nación, dejan de ser tales si avizoramos en profundidad su verdadera realidad.

(3) CIURO CALDANI, Miguel Angel, *Perspectivas justiclosóficas externas e internas del Derecho de la Integración*, en “Investigación y Docencia”, Nº 25, Rosario, FIJ, págs. 55 y ss.

(4) Los equilibrios de las potencias en la etapa postbélica no permitían a Europa afirmarse como protagonista política, sino solamente colocar las bases, trazar las líneas del camino a seguir. Esta es la genialidad de los padre fundadores, la especificidad del proyecto comunitario: conseguir los objetivos políticos desarrollando formas de solidaridad y de cooperación económica. La idea de una unidad siempre más estrecha entre los pueblos existía *in nuce*, Monnet, Schuman, De Gasperi, Adenauer, Spaak, estaban inspirados por una visión común de la identidad europea occidental, de la idea de Europa. Ortega y Gasset poco antes de la hecatombe bélica mundial, alertó a las naciones sobre el anacronismo de creer que el nacionalismo es la forma más perfecta de vida colectiva, y la perentoriedad de articular las naciones europeas en una unidad supranacional, que es lo contrario de toda internacionalidad, en *Obras Completas*, t. IX, 2ª edic., Madrid, Revista de Occidente, 1965, págs. 285 y ss

(5) Ello nace, además, de un divorcio bastante común en la conformación de importantes organismos concebidos desde la óptica de administradores o técnicos ad hoc olvidando o desconociendo el aporte esencial de los “profetas” como denominaba Ortega y Gasset al intelectual “que es el único hombre *que deja a a cosas ser* y merced a ésta su condición es el único que se entera un poco de lo que son.”, *Op., Cit.*, pág. 267.

La eclosión y desarrollo de los acontecimientos en cada nación, implica su pertenencia a la inmensa sociedad y unidad de destino que es Europa. Se les revela a cada una de ellas que, además de la realidad específica se erige y se funde con el problema de Europa.

Quizás, el ejemplo más actual podría ser el de la incorporación del pueblo germano oriental al occidental. La unificación económica y administrativa fue, según los observadores mundiales, un verdadero milagro protagonizado por el canciller alemán Helmut Kohl. Restaba, y resta en parte producir, de acuerdo a estudios demoscópicos utilizados en abundancia, la unidad cultural. Superar el “nuevo muro” que los separa. Es verdad, que 40 años bajo un sistema represivo y autoritario pero de protección, han procurado una “distancia” entre ambos pueblos. Pero la historia alemana, como la del pueblo francés, inglés, ha sido abonada con la idea de Europa ⁽⁶⁾.

No dudamos que la marcha siempre ascendente de la Comunidad, a pesar de las fracturas coyunturales, deber potenciarse frente a las embestidas inminentes como es la ampliación que urge resolver a la brevedad, según la recomendación de la Cumbre llevada a cabo en Londres en junio del corriente año. Es cierto, además, que los países que están a las puertas de la Comunidad —algunos en espera hace más de diez años— muestran en su estructura socioeconómica niveles que se corresponden con las exigencias del Pacto de Convergencia establecidos en el Protocolo anexo al Tratado de Maastricht (referido al art. 109 del mismo tratado) ⁽⁷⁾. En este verdadero desafío correspondería pensar cuánto de energía propia conserva la idea de Europa, la sociedad de Europa, al recibir la incorporación de pueblos, algunos con dimensiones históricas diferentes ⁽⁸⁾.

(6) En sucesivas declaraciones el canciller ha expresado su convicción en la existencia de un “vínculo intrínseco” entre la unión alemana y la europea. En una entrevista realizada en 1996 por una revista alemana expresó: “...el intenso vínculo existente entre la unión alemana y la unión europea son dos cara de una misma moneda”, en “Deutschland”, Nº 4, Bonn, agosto 1995, pág. 1 y ss. sin adoptar a pie juntillas la afirmación de Hegel acerca de la reducción en la nómina de los países que “son” Europa, el profesor Castronovo señala el itinerario italiano en la conformación de la idea europeísta y recuerda su afirmación desde el programa mazziniano de vincular el objetivo de unidad e independencia del territorio italiano con el ideal de una Europa unida por encima de cualquier pretensión de primado nacional, como se modeló en Berna (1834) a través de la “Joven Europa” constituida por exiliados italianos, alemanes y polacos. CASTRONOVO, Valerio *I padri di un'idea*, “Dossier Europa”, Commissione Europea, Nº 18, gennaio 1996, págs. 93 y ss. Las afirmaciones del docente de la Universidad de Turín contrastan con la declaración, un tanto irónica, de Alain Touraine en 1993: “Gli italiani sono e restano pro europei, perchè vedono nell'Europa l'unico mezzo per uscire dalla crisi dello stato”. Citado por REDMONT, Dennis, *Stabilità per essere in Europa*, *Ibidem*, pág. 86.

(7) El Tratado de Maastricht es el primer acto político de los EM, posterior al ciclo de la guerra fría. Como tal, no se limita a consolidar el mercado único y a reforzar el *acquis* comunitario, sino a lanzar los desafíos fundamentales: la ciudadanía europea, la moneda, la política exterior, la defensa, la seguridad interna y externa, puede verse: *Diritto delle comunità europee*, en “Serie Manuali Giuridici”, Nº 47, VIII, Napoli, E Simone, 1998.

(8) Según Samuel Huntington autor del difundido libro “El choque de las civilizaciones”, los conflictos en el mundo globalizado serán por diferencias culturales. “Una prueba del peso de lo cultural es que las integraciones económicas exitosas son aquellas que incluyen países culturalmente similares, como lo indica el rápido desarrollo del Mercosur. En cambio el fracaso del NAFTA se explica por la diferencia cultural entre Estados Unidos y Méjico. Los Estados Unidos dejarán de ser única superpotencia”, en “Clarín”, 2 de abril de 1998.

Para nuestros ojos latinoamericanos esta experiencia, más expresamente, esta vivencia subterránea resulta bastante difícil aprehender.

Comprendemos y participamos de la importancia que reviste para los intentos de integración en el pasado y en el actual las similitudes que se enumeran en cualquier texto que desarrolle el tema. Pocas experiencias podrían jactarse de la cantidad de elementos comunes en un espacio como el mercosureño. Sin embargo, en aras a la integración plena, totalizadora, a la que se aspira, en un contexto en el cual se enriquezca la economía con la justicia y la humanidad, cabría señalar una serie de particularidades que han dado “cuerpo” a América en general y en particular a nuestro país.

Varios autores han expresado el carácter de dualidad y de oposición con que sido bautizado el continente —y luego al sector de América Latina— casi en una confrontación con Europa. El Nuevo Mundo no era el Viejo Mundo y las Indias Occidentales eran muy diversas de las Indias Orientales, lo cual indica un trasfondo axiológico comparativo más favorable para el viejo mundo⁽⁹⁾.

Sin entrar de lleno en la radical afirmación de Hegel cuando expresa que América al ponerse en contacto con Europa había ya dejado de ser, en parte⁽¹⁰⁾, sería pertinente indicar, de modo breve, en qué medida los latinoamericanos debemos nuestra conducta, nuestro comportamiento, a un proceso de recepción *reflejo* de la europea. Para ello se podría visualizar el espacio mercosureño donde se advierte que la propia historicidad de sus Estados Partes ha marchado, con diferente gradualidad, por líneas convergentes hacia el foco de la “civilización” importada, como único medio de superar lo “incivilizado” autóctono⁽¹¹⁾.

El descubrimiento fue esculpiendo un modelo de sociedad en un terreno que se juzgó vacuo. Instituciones, funcionarios, la política y la economía, la religión y la cultura, la específica juridicidad debían “crearse” en un territorio baldío. La etapa independiente declaró su exclusiva adhesión a las fuentes de origen anglosajonas y norteamericanas en la formación de su breviario ideológico; aunque el movimiento justista y la adhesión al régimen pactista fueran de neto cuño hispánico. Las marchas y contramarchas en su evolución histórica marcan en cierto sentido el “desorden” de unos usos recibidos con la fascinación de todo aquello que provenía del exterior, sin discernir las riesgosas consecuencias de tratar de digerir modelos sin procesarlos. Como si el continente estuviera aún yermo.

(9) Un adecuada interpretación sobre el tema puede verse en: ROIG, Arturo A., *Teoría y crítica del pensamiento latino-americano*, México FCE, 1981, también ZEA, Leopoldo, *Dos etapas en el pensamiento de Hispanoamérica: Del romanticismo al positivismo*, México, 1949, BEYHAUT, Gustavo y Hélène, *América latina, III, de la independencia a la segunda guerra mundial, siglo veintiuno*, México, 1985. LABASTIDA MARTIN DEL CAMPO, Julio, *Hegemonías y alternativas políticas en América Latina*, México, siglo veintiuno, 1985.

(10) HEGEL, G. W. F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, 2da. ed., trad. José Gaos, Madrid, Alianza, 1982, págs. 169 y ss.

(11) CIURO CALDANI, Miguel Angel, *La escisión de la conciencia jurídica y política argentina*, Publicación en homenaje al profesor Rafael Bielsa, Revista de la Universidad de Buenos Aires, 1993. págs. 21 y ss.

Claro que, en este transitado camino de influencias foráneas hecho en base a la dominación sostenida por la jerarquía, la admiración y la fuerza de los supremos repartidores, las bases de una comprensión se diluyeron a instancias de la rápida aceptación que de ella hicieron los grupos sociales que se sintieron y actuaron como verdaderos europeos ⁽¹²⁾. Ello configuró, en consecuencia espacios geo-culturales con "ideas" diversas sobre Latinoamérica en general y en especial en la República Argentina ⁽¹³⁾. Además, en América del Sur, y en nuestro país en especial, los frutos de una historia europea se han recibido dando "saltos" que fracturaron el *continuum* cultural de sus pueblos ⁽¹⁴⁾.

Hoy asistimos al "llamado" de la integración convertida gradualmente en globalización. Cuatro países latinoamericanos han respondido con presteza a esta urgencia de un postcapitalismo que velozmente acicatea a los pueblos precapitalistas en la conquista de sus objetivos. Y respetuosos, pero también realistas, recogieron el reto. Por necesidad y *reflejo* debemos ajustarnos a los parámetros indicados, puesto que el proceso de integración es irreversible, pensar en sistemas aislados hoy es un anacronismo.

Ahora bien, al parecer, el desafío actual de la Unión Europea es el de conservar su identidad y reforzar el *substratum* que alimenta su historicidad, especialmente a causa de la debatida ampliación con los pueblos del este y de la cuenca mediterránea. En el caso mercosureño, quizás la problemática que urge plantear y resolver para su porvenir, será la determinación vital de integrarnos con el Nuevo o el Viejo Mundo. Cabría preguntarnos cómo serán nuestras relaciones con la Unión Europea más gubernamental o con el abstencionista sistema del NAFTA, que se convertirá en los próximos años en la Asociación de Libre Comercio de las Américas, cubriendo todo el continente. Al parecer, nuestra historicidad resultaría más afín con la UE que con el ALCA, teniendo en cuenta la preponderancia que en este último sistema asumiría la superpotencia en el mundo globalizado. La secuencia del proceso histórico en Latinoamérica y en América del Sur ha sido de raigambre muy dispar a la de Estados Unidos y ha cincelado sus respectivas historicidades con cargas valorativas distintas ⁽¹⁵⁾.

(12) No es infrecuente advertir en la producción de nuestros grandes estadistas la fascinación del quehacer europeo y la ponderación de su positiva influencia en nuestro devenir. Cuando Alberdi utilizaba la expresión latinoamericana se refería a: "Nosotros los latinos europeos de América" o a un "Nosotros los integrantes de la aristocracia de origen español". ALBERDI, Juan Bautista, *El Gobierno de Sud América según las miras de revolución fundamental*, Buenos Aires, Imp. Europea, 1896.

(13) CIURO CALDANI, Miguel Angel, *Aportes para la reflexión cultural de la integración de América Latina*, en "Boletín del Centro de Investigaciones de Filosofía Jurídica y Filosofía Social", Rosario, FIJ, 1995, págs. 19 y ss., también del autor: *Perspectivas jusfilosóficas externas e internas de la integración*, en "Investigación y Docencia", N° 25, Rosario, FIJ, 1995, págs. 55 y ss.

(14) En ROIG, op. cit., especialmente cap. XIV.

(15) En momentos de escribir el presente artículo, las noticias provenientes de una reunión de Ministros de Agricultura llevada a cabo en Bruselas (20 de julio) dan cuenta de la oposición de algunos EM, liderados por Francia, en el sentido de "postergar por el momento", las tratativas entre el Mercosur y la Unión Europea para la formalización de una zona de libre comercio.

Claro está, que estas reflexiones podrían juzgarse inocuas e inoperantes, si partimos de considerar al megamundo sólo apremiado por los rindes de un intercambio comercial exuberante, en el que las cifras son los únicos indicadores de la calidad y supervivencia de la vida de los pueblos y de los hombres. Y ante la comparación de dividendos y estadísticas comerciales conducida velozmente por redes satelitales, la comprensión acerca de las ideas que sustentan los pueblos, será aún merecedora de reflexiones o el todo quedar diluido —o en estado cataléptico— en el archivo de los futuros incunables de la humanidad? Ser conveniente manifestar la preocupación y la pregunta acerca de las diferentes culturas nacionales o regionales? Quizás la mundialización *digital* elimine de nuestro quehacer especulativo esa tarea, habida cuenta que la profunda uniformidad subterránea que está sopor-tando los cimientos del devenir de los pueblos llegará por sí misma a iluminar la “idea” del hombre y de los pueblos con los vivificantes rayos de la utilidad.

Es de desear que ello no ocurra, y que la misma fuerza de las historia no permita ocultar el lugar privilegiado del hombre en el cosmos y su figura no resulte una exigua referencia simbolizada por un guarismo ⁽¹⁶⁾.

(16) Herder nos recuerda con bellas palabras que el hombre esta formado para la humanidad, ver HERDER, John Gottfried von, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, trad. de J. Rovira Armengol, Buenos Aires, Losada, 1959.